





*A Juliana, que llegó a mi vida como un milagro.
A la memoria de mis abuelos Pepita y Diego,
que sonríen en la página 220.*

Germán Izquierdo Manrique

A Manuela y Adriana, mis tesoros.

Juan Esteban Duque

Nuestras Señoras

Nuestras Señoras. Un recorrido por Colombia y sus vírgenes milagrosas

Primera edición, abril 2025

© 2025, Germán Izquierdo Manrique, por los textos

© 2025, Juan Esteban Duque, Sandra Patricia Alfaro, René Alejandro Huertas, Germán Izquierdo Manrique, Juan Sebastián León, Alexandra Mamián Gómez, Mateo Medina Abad, Reinaldo Valencia, Javier Vallejo, por las fotografías

© 2025, Editorial Monigote SAS, por esta edición

Investigación y textos

Germán Izquierdo Manrique

Fotografías

Juan Esteban Duque

Sandra Patricia Alfaro

Imágenes del ciclista José Armando Alfaro
Carmen de Apicalá, Tolima

René Alejandro Huertas

El Quereamal, Valle del Cauca

Germán Izquierdo Manrique

Calí, Valle del Cauca; Chinavita, Boyacá; Güicán de La Sierra,
Boyacá; Istmina, Chocó; La Uvita, Boyacá; Salazar de Las
Palmas, Norte de Santander; Tutazá, Boyacá

Juan Sebastián León

Almaguer, Valle del Cauca

Alexandra Mamián Gómez

Resguardo indígena de Caquiona, Cauca

Mateo Medina Abad

Comunidad de Villa Fátima, Vaupés

Reinaldo Valencia

Caloto, Cauca

Javier Vallejo

Imagen de Nuestra Señora de las Mercedes
vestida de ñapanga
Pasto, Nariño

Izquierdo Manrique, Germán, 1979-, autor

Nuestras señoras : un recorrido por Colombia y sus vírgenes
milagrosas / investigación y textos, Germán Izquierdo Manrique ;
fotógrafo, Juan Esteban Duque ; prólogo, Sigrid Castañeda. --

Primera edición. -- Bogotá : Editorial Monigote, 2025
248 páginas.

Incluye datos curriculares del autor y fotógrafo.

ISBN 978-628-96568-1-7

1. Virgen María - Apariciones y milagros - Historia 2. Simbolismo
cristiano - Historia - Colombia - Fotografías 3. Virgen María en el
arte - Colombia - Fotografías I. Duque, Juan Esteban, fotógrafo II.
Castañeda, Sigrid, escritora de prólogo

CDD: 232.91709861 ed. 23

CO-BoBN- a1145742

Prólogo

Sigrid Castañeda

Editor

Mauricio Gaviria Carvajal

Corrección de estilo

Gustavo Patiño Díaz

Diseño

Juan Esteban Duque

Diagramación

Carlos Narváez

Coordinadora editorial

Valentina Vásquez

Impresión

Panamericana Formas e Impresos S.A.

Una publicación de

Editorial Monigote S.A.S.

www.editorialmonigote.com

contacto@editorialmonigote.com

ISBN

978-628-96568-1-7

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Está prohibida la transmisión y la reproducción parcial o total de este
libro, en cualquier forma y en cualquier medio, sin permiso escrito de los
titulares del *copyright*. Todos los derechos reservados.

GERMÁN IZQUIERDO MANRIQUE

Nuestras Señoras

UN RECORRIDO POR COLOMBIA Y SUS VÍRGENES MILAGROSAS

FOTOGRAFÍAS DE JUAN ESTEBAN DUQUE



Nuestras Señoras

Por Germán Izquierdo Manrique

Un viernes en la tarde, mientras leía el último capítulo de *Reyes de las montañas* de Matt Rendell, el más apasionante libro sobre el ciclismo en Colombia, me detuve en el siguiente diálogo entre el autor y José ‘Chepe’ González, el gran pedalista de los años 90:

—Podrías subir a la Virgen de Morcá —me dijo (Chepe).

—¿Y quién es ella? —le pregunté.

—La santa patrona de los ciclistas.

“¿La patrona de los ciclistas?”, pensé, y con un lápiz encerré el número de la página: la 289. Yo conocía a la Virgen de Chiquinquirá y a la del Carmen, y de niño había visitado con mi mamá el santuario de Nuestra Señora de Las Lajas, en Ipiales. Pero nunca había oído hablar de una protectora de los ciclistas. “¿Cuántas vírgenes con patronazgos tan singulares como el de Morcá habría en Colombia?”, me pregunté. Ese mismo día empecé a averiguarlo en Internet y hallé una nota de *El Tiempo* escrita a finales de los años 90 que nombraba a la Virgen de las aguas de Motavita, a Nuestra Señora del Nevado de Güicán, a la Virgen de los tiestecitos de Tutazá y a la del Rosario de Iles.

Una semana después, cuando ya había iniciado una investigación en la Biblioteca Nacional, le propuse a Mauricio Gaviria, editor de Editorial Monigote, que recorriéramos Colombia en busca de las historias y las imágenes de las vírgenes más queridas y milagrosas. Al mes, estábamos en Tutazá, Boyacá, bebiendo chocolate caliente en la casa cural, en compañía de un restaurador de órganos albino que, como nosotros, escuchaba fascinado las historias que nos contaba una vecina del pueblo, Vitalia Riveros, sobre la Virgen de los tiestos, o la Virgen de la libertad.

En un mapa de Colombia marqué los lugares que debíamos visitar. Con el tiempo, borré algunos y sumé otros. Al final, seleccioné 37 vírgenes a partir de varios criterios. En algunos casos, primó la importancia histórica de la imagen; en otros, la riqueza del relato mismo, y en otros tantos, las historias cargadas de realismo mágico con que nos topamos.

Pasados unos meses, comprendí que mi gran reto era hacer un trabajo de reportería documental y en campo para rendir tributo a la tradición oral, escribiendo y recreando la mejor versión posible de las leyendas sobre el origen de cada virgen. Busqué sacarlas del ámbito religioso, para que trascendieran a uno simplemente más humano. Solo así, despojadas de dogmas, podría conseguir en los lectores “la momentánea suspensión de la incredulidad”, de la que hablaba el poeta Samuel Taylor Coleridge.

Lograr que los lectores creyeran los relatos que fui descubriendo y escuchando era, entonces, mi otro gran objetivo. Con eso en mente, puse toda mi experiencia como reportero, cronista y entrevistador en cada una de ellas. En el camino, fui encariñándome con la Virgen, coleccionando estampitas, figuras y novenas con el entusiasmo de un niño que llena el álbum del mundial de fútbol. No fue un ejercicio de conversión católica; fue un ejercicio de respeto por las creencias y la fe de las personas. Al liberarme de taras, las historias aparecieron con más fluidez, como si en ello fuese ayudado por la misma Virgen.

En los pueblos que visité, descubrí que, lejos de ser una deidad lejana, la Virgen es una amiga y confidente a quien los fieles le cuentan sus penas y sus necesidades con una naturalidad y un amor que ablanda corazones. En Pasto es la “Michita linda”; en Güicán, “Mi morenita”; en la Popa, “Mi candela viva”; en Iles, la “parterita”; en Salazar de Las Palmas, “la ojona linda”; en Santa Rosa de Osos, “Mi mona”; en el nudo de Almaguer, “Ellita”. La virgen es la que aconseja, la que escucha, la que nunca falla, la que visten los yanaconas de comunera y los Cotacachi con su distintivo traje de collares y camisa de lienzo.

En cada viaje reconfirmaba el inmenso poder de la Virgen, al tiempo que ratificaba la gran responsabilidad de contar historias sobre los pueblos y veredas que viven por la Virgen y donde todo gira en torno a ella: el comercio, las fiestas, el turismo, las siembras, los amores. A su manto se aferran por igual quienes cruzan los raudales del río Vaupés, quienes arrearan hatos de ganado en los

Llanos Orientales, los que esperan la lluvia en tiempos de sequía en Chinavita o quienes invocan su protección en medio de una toma guerrillera en Cauca.

En su libro *Mary, Mother and Warrior*, Linda B. Hall advirtió el poder y el respeto que ejerce la Virgen en los pueblos de Colombia: “quedé fascinada —cuenta— con la enorme reverencia por la Virgen María que invadía ese país. Me intrigó particularmente que esta reverencia cruzara las líneas de género, siendo los hombres tan fervientes como las mujeres, si no más. En un país terriblemente afectado por la violencia, esta visión femenina de amor incondicional, paz y perdón tenía un poder como ningún otro”.

Muchas de las historias que me contaron sobre la Virgen son conocidas por pocas personas, casi siempre los más viejos. De no escribirlas, posiblemente estarían condenadas a desaparecer. Interrumpir una cadena de relatos orales es casi igual a perderlos, pero contarlos de nuevo, llevarlos del lenguaje oral al escrito, es como quitarles el polvo de encima, restaurarlos y darles oxígeno para que sobrevivan.

Haciendo este libro comprobé que esas historias, así como la Virgen, no son propiedad de la Iglesia, sino de la gente. Muchos sacerdotes olvidan que los templos son un lugar de puertas abiertas; hecho que sufrimos trabajando en este proyecto. En el pueblo de La Uvita el cura de turno nos puso una cita y luego se encerró; en Güicán de la Sierra, el entonces sacerdote le prohibió a una de nuestras principales fuentes que nos volviera a hablar; y en pleno sermón, un cura de Monguí regañó a Juan Esteban, autor de las fotografías que iluminan este libro, mientras se detenía con su cámara a metros del altar.

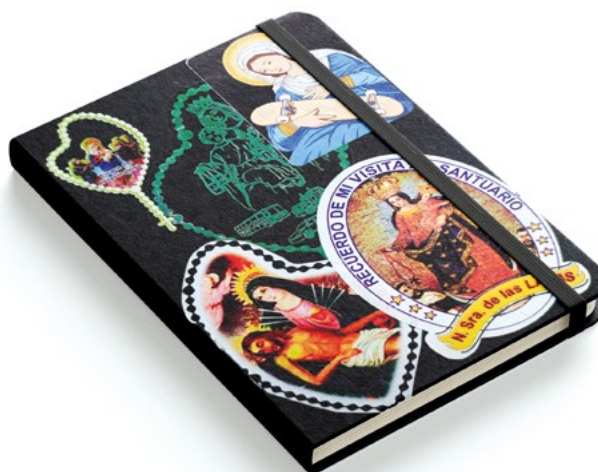
En muchos lugares, quienes menos conocían la historia de la Virgen eran sus custodios: los propios curas. Ojalá todos fueran como el padre Emilio Hernández de Tutazá, que nos abrió las puertas de su parroquia con generosidad, o como el padre Alberto Cobo (q.e.p.d), quien en Iles, a pesar de su resquebrajada salud, nos invitó a almorzar en su mesa para hablarnos abiertamente sobre la fe que los indígenas pastos le profesan a la Virgen.

Siempre, en cada lugar que visitamos, las puertas se nos abrían. Junto al mar de La Guajira, en las planicies de Casanare, en los ríos de Chocó, en las ciudades y los pueblos de Antioquia, en el altiplano cundiboyacense, en las montañas de Nariño, en los dos Santanderes.

La hospitalidad de la gente se manifestó en todos los acentos, en todos los platos típicos que nos brindaron y en todos los climas: desiertos, playas, páramos, selvas y montañas. Incluso en la cárcel de Barne, donde un preso arrepentido confesó con detalles cómo se robó la imagen de la Virgen de Otengá.

Viajamos en avión, en bus, en buseta, en camión, en colectivo, en taxi, en chiva, yipao, lancha, moto y camioneta para llegar al corazón de cada una de estas historias. Al final no me cabía duda: la Virgen siempre nos abrió el camino. Durante siete años de trabajo junto a Juan Esteban Duque, cuyo talentoso lente complementa los presentes textos, nos fueron saliendo canas, mientras que Mauricio, como editor de un proyecto que se dilataba y cada vez se extendía más —siempre que reseñábamos una virgen se nos “aparecía” otra— fue perdiendo el pelo hasta revelar una calva de fraile dominico.

En el último viaje que hice para este libro, a Pereira y Cartago, pensaba que quisiera que me recordaran como un rescatista de historias. Alguien que las escucha con atención, las afina y las devuelve a la vida; alguien que pone leños a una fogata de relatos para que crezcan, para que unos aviven la llama de otros, para que nunca se extingan. Como dijo el compositor Gustav Mahler: “la tradición es la transmisión del fuego, no la adoración de las cenizas”. ★



Esta libreta me acompañó durante la investigación y el trabajo de campo. Sus páginas dan cuenta del proceso de reportería que llevé a cabo para el libro.



Nuestra Señora de los Remedios de Riohacha

Patrona de La Guajira

Fiestas: 2 de febrero

**Catedral de Nuestra Señora de los Remedios
Riohacha, La Guajira**



Dios te salve, soberana Virgen de los Remedios, benignísima Madre de Dios, estrella resplandeciente del mar, luna hermosísima sin las menguantes de la culpa y escogida como el sol, para iluminar las almas y colmar de favores a la humanidad. Dios te salve, fidelísima María, Madre nuestra y remedio poderoso en nuestros males y quebrantos. Dios te salve, Virgen llena de gracia, pues siendo Madre de Jesús, Cordero Divino, lo apacentaste con cándido sabroso néctar, quedando siempre más pura y limpia que los más encumbrados serafines. Dios te salve, Señora: oye bondadosa nuestros ruegos y súplicas; míranos propicia, pues como amada advocación nuestra, queremos, en esta novena, tributarte el tierno y cordial obsequio de nuestro filial amor.

Ruega por nosotros, Madre de los Remedios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

Amén.

La vieja Mello

Con el mar enfurecido, un grupo de piratas llegó a la costa antes del amanecer del lunes 14 de mayo de 1663. Ocultos en la oscuridad de la noche, con antorchas en mano saltaron de los barcos a las canoas y, sorteando el bravío oleaje, remaron hacia la playa de Camarones. Venían a asaltar por sorpresa la ciudad de Riohacha, puerto de oro, desierto de sal y perlas.



Una estampita de la Virgen de Riohacha que estuvo guardada por más de 40 años en un antiguo misal.

En ese entonces, La Guajira estaba asediada por el imperio español que, sin embargo, no había podido doblegar a los indígenas wayuu, comerciantes natos y de fuerte temperamento. El mar del Cabo de la Vela, colmado de perlas, atrajo también desde mediados del siglo XVI a conquistadores alemanes, comerciantes y piratas holandeses, franceses e ingleses, entre ellos el famoso Francis Drake, que, en 1595, pocas semanas antes de morir de disentería, incendió a Riohacha tras fracasar en el negocio de unas piraguas robadas.

Los piratas eran una amenaza constante. Entre 1597 y 1603, todos los años sin excepción, Riohacha fue saqueada. Se llevaban las perlas, las cabras, el oro, la plata, las embarcaciones. Pero lo que más codiciaban eran los esclavos, que eran obligados a lanzarse al mar con una bolsa de malla atada al cuello y un cuchillo en la boca para pescar ostras, cuyas perlas adornarían luego los cuellos de reinas y princesas europeas.

Estas joyas eran la obsesión de aquel grupo de piratas que ese lunes sortearon con dificultad la marejada y pisaron tierra en Camarones. Cuando la luz naranja del amanecer les alumbró la vista, se miraron entre sí confundidos: esperaban encontrarse con una planicie de arenas y arbustos, pero en cambio vieron ante sí una cadena de montañas cuyas cumbres se perdían entre espesas nubes de tormenta.

Sabiéndose en terreno desconocido y temiendo que una horda de guajiros los emboscara, se pusieron en guardia cuando vieron a una mujer levitar sobre las arenas de la playa. La expresión de paz de su rostro contrastaba con la violencia del mar, cuyas olas reventaban con estruendo sobre la playa. Era hermosa, la ataviaba un aura de luna y su piel tenía un brillo nacarado como el de las perlas. Entonces enfundaron las espadas, soltaron dagas y hachas, olvidaron pistolas y mosquetes en la playa y, desistiendo del asalto, embarcaron nuevamente. Aturdidos por la visión, perdieron el rumbo entre las furiosas aguas y llegaron a la boca del río Magdalena. Desembarcaron en la villa de Tenerife, donde, tras ser arrestados, contaron lo sucedido.

Cuando la noticia llegó a oídos de los riohacheros, ellos no dudaron del milagro. Solo había alguien capaz de asentar montañas donde solo había arena; solo había alguien capaz de espantar a los usurpadores sin violencia: la 'vieja Mello', Nuestra Señora de los Remedios, patrona de Riohacha y protectora de la ciudad.



Una placa conmemora el milagro. Dicen que hace unos años, una niña encontró la corona de la Virgen mientras se bañaba en la playa. Cuando la enseñó a los adultos, ellos le rogaron en coro que la devolviera al mar, donde aún permanece.

Aunque el asalto de los piratas fue frustrado, el mar continuaba enfurecido. Sus aguas habían arrasado la calle de las Platerías y amenazaban con destruir la ciudad. Angustiados, los riohacheros decidieron bajar a la Virgen de los Remedios de su nicho y llevarla en procesión en medio de la tempestad. Aguas espumosas cubrían los pies de quienes la llevaban en hombros cuando, súbitamente, un ventarrón despojó a la Virgen de su lujosa corona. En cuanto la corona tocó el mar, este retrocedió como espantado, sus aguas se aquietaron, el cielo se despejó y una luz blanca iluminó de nuevo a La Guajira. ★

La Virgen de los Remedios en la obra de García Márquez

La Virgen de los Remedios aparece en varias de las obras de Gabriel García Márquez. En su biografía inconclusa, *Vivir para contarla*, escribe: “Mi mayor sorpresa, desde luego, fue la primera visión de Riohacha, la ciudad de arena y sal donde nació mi stirpe desde los tatarabuelos, donde mi abuela vio a la Virgen de los Remedios apagar el horno con un soplo helado cuando el pan estaba a punto de quemársele”.

El nobel bautizó a su memorable personaje Remedios, la bella, en *Cien años de Soledad*. La novela alude en distintos pasajes a la Virgen:

Cuando estaba solo, José Arcadio Buendía se consolaba con el sueño de los cuartos infinitos. Soñaba que se levantaba de la cama, abría la puerta y pasaba a otro cuarto igual, con la misma cama de cabecera de hierro forjado, el mismo sillón de mimbre y el mismo cuadro de la Virgen de los Remedios en la pared del fondo.

[...]

Tenía una medallita de la Virgen de los Remedios colgada en el cuello de bisonte, los brazos y pecho completamente bordados de tatuajes crípticos, y en la muñeca derecha la apretada esclava de cobre de los niños en cruz.







Acción del Castillo de Maracaibo
 José María Espinosa Prieto (1796-1883) - Atribuido
 Ca. 1840
 Óleo sobre tela
 87 x 124 cm
 Figura en el Catálogo general del Museo de Bogotá (1917)
 Museo Nacional de Colombia, reg. 560



La catedral de Riohacha se inauguró en 1852. Hoy, enormes lámparas donadas tras la bonanza marimbera de los setenta, alumbran la imagen de la 'vieja Mello'.

La resurrección del almirante Padilla

El guajiro José Prudencio Padilla, el célebre Almirante Padilla, fue el primer gran marino de Colombia y Venezuela. Entre todas sus victorias, la más importante fue la del Lago de Maracaibo, que enfrentó a sus escuadras contra las del español Ángel Laborde. Fue una batalla sangrienta y desigual, pues el poderío de los españoles era mucho mayor. En un momento decisivo del enfrentamiento, Padilla fue alcanzado por una metralla en la cabeza. Durante diez minutos permaneció inmóvil en el suelo, pero de un momento a otro, preso de un vigor milagroso, Padilla gritó: "¡Viva Nuestra Señora de los Remedios de Riohacha! ¡Avancen, muchachos! ¡Padilla no ha muerto!". Y, así, con la ayuda de la Virgen, logró la victoria.



Nuestra Señora del Rosario de El Molino

Patrona de los indígenas cariachiles

Fiestas: 28 al 30 de abril

**Ermita de San Lucas
El Molino, La Guajira**



Virgen Santísima, socorro de las almas que se acogen a vuestro amor maternal, dignaos pedir por mí a vuestro santísimo Hijo y Señor nuestro, Jesucristo, para que sean agradables todos mis pensamientos, palabras y acciones en este día y en toda mi vida.

Aceptad, oh, tierna Madre mía, el corto obsequio que os ofrezco en esta oración y alcanzadme el favor que en ella os pido, si conviene para mayor gloria tuya.

Amén.

Caminó por las aguas del río Sicarare

Hace más de 300 años los indígenas cariachiles poblaban el sur de La Guajira y ya por entonces los españoles habían levantado en su territorio los primeros molinos de caña. Al vaivén de sus mecedoras, y con ese acento guajiro que parece afinado para contar bien los cuentos, los molineros de hoy evocan esta antigua historia:

Conocedores ya del territorio y de las costumbres de los indígenas, una mañana los españoles envenenaron las aguas del río Sicarare, al que los cariachiles acudían diariamente. Pero cuando estos se inclinaban en la orilla para coleccionar agua en sus múcaras, vieron caminar sobre las aguas a una hermosa mujer de brillante pelo negro. Protegida del sol y la arena por una manta de color azul que bailaba en el viento, la mujer tocó la superficie del río con una varita y el cauce se dividió en



dos: uno cristalino y otro de oscuras aguas envenenadas. Sin decir palabra, la mujer les señaló a los indígenas el cauce de aguas puras y enseguida desapareció.

Los españoles, que espiaban y esperaban ver morir en el acto a los indígenas, presenciaron, en cambio, un milagro: no cabía duda, era una aparición de la Virgen, y, por lo visto, no solo protegía a los bautizados católicos, sino también a las gentes de aquellos territorios que ellos se proponían conquistar.

Desde entonces, la Virgen del Rosario de El Molino es la patrona de este caluroso municipio de estirpe valLENATA. Su hogar es la ermita de San Lucas, un templo de barro y piedra que fue construido por manos cariachiles a finales del siglo XVIII, y declarada Monumento Nacional en 1993. Allí permanece, bajo campanas fundidas en cobre y hierro, una curiosa inscripción: "Me llamo María del Rosario, el santísimo sacramento es mi amo y me hicieron Esteban Machado y Vicente Tadeo Valdés, en este pueblo en el 18 de octubre de 1775".

Cada año, a finales de abril, se celebran las fiestas en su honor y la plaza del pueblo se llena de baile y de música. Honrando su tradición indígena cariachil, los hombres lucen vistosos sombreros de plumas y collares hechos con semillas. Unos soplan enormes conchas de caracoles marinos que suenan como sirenas de buque,







otros tocan el redoblante, la tambora, el pito o la caja. Con sus rostros pintados, las mujeres visten sus mantas más coloridas y haciendo pareja con ellos bailan la chichamaya, una danza en la que el hombre baila hacia atrás tratando de esquivar a la mujer, que extiende su manta y lo persigue. Él simboliza el viento; ella, la fuerza que lo empuja.

En medio del coro de caracolas y bajo un calor que levanta vapores, la Virgen sale con sombrero de la iglesia en la mañana e inicia una procesión seguida por todo el pueblo hasta que, entre rezos y oraciones venteados por abanicos, la patrona de El Molino regresa a su templo, pues al día siguiente los descendientes de los cariachiles pagarán una misa en su honor, la llamada “misa de los indios”.

No a causa de aguas envenenadas, el pueblo de los cariachiles se extinguió tras la llegada de los españoles. Sin embargo, en los años noventa, un grupo de molineros que sienten correr por sus venas la sangre cariachil reavivaron sus costumbres, retomaron saberes y tradiciones y han venido enaltecido y recuperando así su cultura ancestral.

En la misa de los indios, el cacique le pone al sacerdote católico un sombrero emplumado o un collar de semillas y lo acompaña a officiar la misa, donde tienen lugar bailes indígenas en honor a la Virgen. El encuentro entre las dos tradiciones, la indígena y la católica, también se manifiesta cuando un coro canta salves en latín, “*Mater misericordiae, vita, dulcedo et spes nostra*”, al tiempo que los emplumados cariachiles soplan sus caracolas con solemnidad para agradecer a su patrona, que hace 300 años caminó por las aguas del río Sicarare para salvarles la vida. ★

*Para que riegues la primavera
29 de abril, yo voy
A verle la cara a la Virgen
Decirle que contigo estoy
Que ya no eres un imposible [...]
¡Pa'cantá unos versos
Y a la Virgen linda
Le hagamos la fiesta!
¡Pa'cantá unos versos
Y a la Virgen linda
Le hagamos la fiesta!*

Fragmento de *Por quererte*, vallenato del molinero Alberto ‘Beto’ Zabaleta.

